

JACULATORIAS.

Nativitas tua, Dei genitrix virgo, gaudium annuntiavit universo mundo. Ecclesia.

Tu nacimiento, ó Virgen madre de Dios, colmó de alegría á todo el universo.

Cum jucunditate Nativitatem beatæ Mariæ celebremus. Ecclesia.

Celebremos con el mayor regocijo el nacimiento de la santísima Virgen María.

PROPOSITOS.

1. Fácil cosa es comprender cuánto nos importa conseguir la proteccion de la santísima Virgen. Es cierto que ninguna gracia podemos lograr no siendo por su favor; y que, mediante su favor, no hay gracia que no podamos lograr. Aunque no hubiera sido escogida para ser madre del Todopoderoso; aunque su Hijo no hubiera puesto en sus manos todos sus tesoros; es visible que por los solos méritos de su vida seria su intercesion en cierta manera todopoderosa, y que una sola palabra de su boca podría mucho mas con Dios que si todos los santos juntos del cielo se unieran para pedirle algun favor; ¿pues cuánta será su autoridad, siendo madre de Dios, y como la tesorera general de todas sus gracias! Y con efecto, siendo tan buena, como lo es, para con todos los del mundo; estando incesantemente cerca de su querido Hijo, pidiéndole gracia y perdon para los mas insignes pecadores, ¿cómo pudiera olvidar á los que particularmente la honran? Basta muchas veces una breve oracion, un voto, una ofrenda, una novena, una devota romeria para conseguir milagros por su intercesion; ¿pues qué no hará por un amor tierno y constante, por obsequios continuos y arre-

glados, por una devocion afectuosa y sólida? Coloca en ella toda tu confianza despues de Jesucristo, y no se te pase hora del dia sin recurrir á esta Señora.

2. Honra particularmente el dia de su nacimiento; y profesa toda la vida especial devocion á la Virgen cuando niña, pero singularmente en aquel primer instante en que vino á la luz del mundo. Es muy agradable á la santísima Virgen esta devocion. Tuviéronla muchos grandes santos, y por ella merecieron muy especiales favores. Imita tan bello ejemplo. Reza todos los sábados alguna oracion, aunque no sea mas que una *Ave Maria*, en reverencia de todos los misterios de la santísima Virgen, sobre todo el de su inmaculada concepcion, de su natividad y de su asuncion á los cielos.

DIA NUEVE.

LA FIESTA DEL SANTO NOMBRE DE MARÍA.

Siempre fué el mayor recurso de los fieles en sus mayores necesidades la poderosa proteccion de la santísima Virgen: ni se frustró jamás su confianza en esta Madre de misericordia cuando clamaron á ella en las mas apretadas tribulaciones y calamidades. Constantemente experimentó siempre la Iglesia su auxilio y su asistencia, sobre todo contra los mas formidables esfuerzos de los enemigos del nombre cristiano; y la institucion de esta fiesta será eterno monumento de su proteccion todopoderosa.

Orgullosos los turcos con los felices sucesos de sus armas contra los imperiales en la campaña de 1683, concibieron y formaron el soberbio intento de dilatar sus conquistas hasta mas allá de las márgenes

del Danubio y del mismo Rin, amenazando con fiereza á toda la cristiandad; y penetrando por ella con un ejército de doscientos mil combatientes, pusieron sitio á la imperial corte de Viena. Fué general la consternacion; y temiendo los pueblos caer en las bárbaras manos de los infieles, quedaron desiertas las ciudades, abandonándolas sus habitantes. Como el emperador no tenia fuerzas suficientes para hacer resistencia al ejército otomano, se vió precisado á retirarse de su corte en compañía de las dos emperatrices, de los archiduques y archiduquesas, tomando el camino de Lintz, mientras el principe Carlos de Lorena, temiendo ser cortado y envuelto por la muchedumbre, se iba retirando hasta cubrirse con el cañon de la plaza. El día 14 de agosto abrieron los turcos las trincheras por el lado de la puerta Imperial, y se alojaron en ella á pesar del vivo fuego que hacian los sitiados. Apoderándose despues del Tabor, dejaron sitiada la ciudad por todas partes; y poniendo fuego al palacio de la Favorita, quemaron las casas de campo de los grandes en el arrabal de Leopoldstad, y se llenaron de genizaros todos los puestos exteriores. Sucedió un funesto accidente, que, envalentonando á los sitiadores, desmayó á proporcion el aliento de los sitiados. Prendióse fuego en la iglesia de los escoceses: consumió en breve tiempo aquel soberbio edificio, y llegando las llamas al arsenal, donde estaban los almacenes de pólvora y de municiones, la ciudad iba ya á caer en manos de los turcos; cuando el mismo día de la Asuncion, por una visible proteccion de la santísima Virgen, se paró como de repente el fuego, dando tiempo á que se sacasen las municiones y la pólvora. En vista de tan notorio favor de la Madre de Dios, volvió á animarse el desmayado aliento del soldado y de los vecinos, encendiéndose mas la confianza en su poderosa pro-

tectora por mas que los turcos hicieron un terrible fuego el día 22 contra el bastion del Danubio. Llovian dentro de la plaza balas, granadas y bombas que echaban á tierra las casas; mas no por eso se acobardaban los vecinos, implorando día y noche en las iglesias la asistencia del cielo, ni los predicadores cesaban de exhortarlos á que, despues de Dios, pudiesen toda su confianza en aquella Señora, cuya soberana proteccion habian experimentado tantas veces. El día 31 se adelantaron los trabajos de los sitiadores hasta la contraescarpa, acercándose tanto á los imperiales, que unos y otros peleaban ya dentro del foso con las estacas de la empalizada. Apenas era ya mas que un prodigioso cúmulo de tierra y piedras Viena, baluarte de la cristiandad, cuando el día de la Natividad de la Virgen, en que los cristianos redoblaron sus oraciones, su fervor, su devocion y sus votos, recibieron, como por milagro, aviso cierto de que les iba á llegar un pronto socorro, con cuya noticia revivió en sus corazones todo su espíritu y todo su valor. Con efecto, al amanecer el segundo día de la octava de la Natividad se vió cubierta de tropas auxiliares toda la montaña de Kalemberg: vista acompañada del mayor consuelo, que, llenando los pechos de inexplicable alegría, calmó las inquietudes y los sobresaltos. Juan Sobieski, rey de Polonia, acudió el día 12 de setiembre á la capilla de San Leopoldo con el principe Carlos de Lorena, donde los dos generales asistieron al santo sacrificio de la misa, la que quiso ayudar el mismo rey teniendo los brazos en cruz por toda ella, menos aquellos breves instantes que el sacerdote tenia necesidad de su ministerio. Despues de haber comulgado, poniéndose bajo la proteccion de la Madre de Dios, y recibida la bendicion, que se echó á todo el ejército, se levantó el monarca con denodado esfuerzo, y dijo en alta

voz: *Ahora ya podemos marchar, bajo la proteccion de la santisima Virgen, con entera seguridad de que no nos negará su asistencia.* Bajó entonces de las montañas el ejército de los cristianos, y se fué avanzando al campo de los turcos, los cuales les hicieron cara y sostuvieron por algun tiempo el combate; pero luego se retiraron á la otra parte del Danubio con tanta precipitacion, que dejaron en el cuartel del gran visir el estandarte del imperio otomano y las colas de caballo, que son la insignia de su dignidad, tan inseparables de él, que le acompañan y le preceden aun en presencia de su Alteza. No hubo victoria que costase menos sangre, ni que fuese mas completa. Abandonaron los turcos todas sus tiendas, la mayor parte de su equipaje, todas las municiones de boca y guerra, toda su artillería, que ascendia á ciento y ochenta cañones ó morteros, y cien mil hombres muertos en el campo de batalla. No pudieron los dos generales seguir el alcance por estar fatigado el ejército cristiano. Veíanse los soldados entrar en la ciudad cargados de botín, y llevando delante de sí manadas enteras de bueyes que los turcos habian dejado en el campo, enriquecidos con sus propios despojos. Informado de la derrota de los turcos el emperador Leopoldo Ignacio, mas ilustre por su esclarecida piedad, que por su gran valor y celebrada prudencia, volvió á Viena el mismo dia, y mandó cantar el *Te Deum...* con toda la solemnidad posible; reconociendo que una victoria tan no esperada era efecto visible de la asistencia del cielo, y singularmente de la palpable proteccion de la santisima Virgen. Mandó el religioso principe que se llevase á la iglesia mayor el estandarte del imperio otomano que se halló en la tienda del gran visir. Era de crines de caballo marino, trabajado á aguja, y bordado de flores á lo arabesco, la manzana de bronce dorado, y el palo todo

cubierto de hojas de oro. El estandarte de Mahoma, que siempre se enarbola en medio del campo junto á la tienda del gran visir, era de brocado de oro, fondo encarnado, y bordado todo de plata y verde; los flecos de brocado rojo y plateado, bordados de letras árabes. El asta del estandarte remataba en una manzana de cobre dorado con borlas de seda verde. Este estandarte se envió á Roma, donde fué presentado al pápa Inocencio XI, que, bien persuadido de que tan célebre victoria se debia singularmente á la proteccion de la santisima Virgen, ordenó que la fiesta de su dulcísimo nombre, introducida mucho tiempo antes en varias provincias de la cristiandad, se celebrase de allí en adelante en toda la Iglesia universal, fijándola á la dominica infraoctava de la Natividad.

A la verdad, despues del santo nombre de Jesus, era muy justo que se celebrase tambien el nombre de María, el cual, siendo tan respetable á los mismos ángeles, no debia serlo menos á todos los hombres. Ni el cielo ni la tierra, ó bienaventurada Virgen María (exclama san Francisco), conocen otro nombre despues del de tu querido Hijo, de quien reciban los fieles mayores gracias, en quien depositen mayor confianza, ni de quien reciban mayor dulzura que de tu santísimo nombre: *Post singulare illud dilecti filii tui, ó Maria, non aliud nomen cælum, et terra nominat, unde tantum gratia, tantum spei, tantum suavitatis pie mentes accipiant* (1). Dichoso aquel que respeta, que ama tu santo nombre, ó Virgen santa (exclama san Buenaventura). Sostendrále tu favor en todos sus trabajos, y producirá en él copiosos frutos, regados con las vivas aguas de la gracia del Redentor. *Beatus qui diligit nomen tuum, Maria; gratia tua animam ejus confortabit, tanquam fontibus irrigatum, in eo fructum propagabit.* ¡O agosto

(1) In Psalt. Virg.

nombre de María! (añade el mismo santo), ¿cómo puede dejar de ser tu nombre gozosísimamente celebrado, pues no es posible pronunciarle sin grande utilidad del mismo que le pronuncia? *O celeberrimum nomen Mariæ! quomodo posset nomen tuum non esse celebre, quod etiam nominari non potest sine nominantis utilitate?* ¿Qué glorioso, qué admirable es este nombre, ó Virgen pura! pues los que le invocan con devoción y confianza, ni se asustan, ni dan lugar al temor en la hora de la muerte. *Gloriosum et admirabile est nomen tuum: qui illud retinent, non expavescunt in puncto mortis.* ¿Qué paz, qué abundancia de gracias disfrutan los que honran sin cesar tu santo nombre! *Pax multa observantibus nomen tuum, Mater Dei.*

Es de tanta virtud este nombre, dice el sabio idiota Raimundo Jordan, abad de Celles, es de tanta excelencia, que el cielo le aplaude, la tierra se regocija, y los ángeles saltan de gozo siempre que le pronuncian: *Tante virtutis et excellentiæ est hoc nomen, ut cælum rideat, terra lætetur, angeli congaudeant cum Maria nominatur.* Si por cierto (añade este venerable varón), toda la santísima Trinidad te dió este respetable nombre, para que al oírle doblen la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y del infierno: *Dedit tibi, Maria, tota Trinitas nomen, ut in nomine hoc, omne genu flectatur cælestium, terrestrium, et infernorum.* A la verdad, dice san Bernardo, ningún otro nombre podía convenir mejor á la Madre de Dios, que el de María; ni era posible hallar otro que mejor explicase su grandeza, su dignidad y su excelencia. *Nomen Virginis Mariæ, quod interpretatum maris stella dicitur, et matri Virgini convenienter aptatur* (1). Es María aquella hermosa y brillante estrella que alumbra elevada sobre el espacioso mar

(1) Hom. super Missus est.

del mundo: *Ipsa est præclara, et eximia stella, super hoc mare magnum, et spatiosum necessariò elevata.* Ella es la que guía á los que navegan engolfados en este proceloso mar. Lo mismo es perder de vista esta estrella, que exponerse á la funesta necesidad de desviar del rumbo, dar en escollos, y correr á un lastimoso naufragio: *Ne avertas oculos à fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis.* Son frecuentes en este inquieto mar las tempestades; está sembrado de escollos; no hay puerto donde se pueda ancorar al abrigo de los vientos; ninguno que no esté expuesto á furiosos uracanes; si quieres librarte del naufragio, *respice stellam, voca Mariam;* mira á esta estrella, invoca sin cesar el nombre de María. Si las desgracias te atropellan, si las adversidades te combaten y medio te derriban; si los adversos acasos de esta vida van como á sumergirte y ahogarte, mira á esa estrella, invoca el santo nombre de María. *Si adversitates tribulationum te jactent, et superantes te, quasi prosternant, invoca Mariam* (1). El nombre de María, decia san Antonio de Padua, llena de gozo y de consuelo á cuantos le pronuncian con devoción y con respeto. Es mas dulce al paladar que la miel; mas grato al oído que la mas armoniosa melodía; mas delicioso al corazón que el júbilo mas exquisito. *Nomen virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, júbilus in corde.* Despues del dulcísimo nombre de Jesús, dice el célebre Alano de Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de Paris, ¿qué otro nombre debe ser mas frecuente en la boca de los fieles que el de María? Por tanto, con mucha mas razón se compara á un suavísimo óleo derramado, cuya fragancia se difunde por todas partes. *Cujus nomen præconizatur in mundo, nisi Virginis hujus? Cujus laus celebratur in ore populi fidelis, nisi*

(1) In cap. 1, Luc.

virginis Mariæ? Unde eleganter fama et gloria nominis ejus oleo effuso comparatur. Aun adelanta mas san Anselmo la veneracion de este santo nombre. Muchas veces, dice, se consigue la gracia y la misericordia con mas prontitud invocando el nombre de Maria, que invocando el nombre de Jesus: *Velocior est nonnunquam salus, memorato nomine Mariæ, quam invocato nomine Jesu* (1). Luego que se pronuncia el nombre de Maria, dice el sabio Pedro Blesense, hinea la Iglesia la rodilla, y lo mismo es pronunciarle, que renovarse en los pueblos la devocion. *Ecclesia, audito nomine Mariæ, genua terræ insigit, quia præ nominis reverentia quasi mare confragosum sonant vota populorum.*

Desde el principio de la religion cristiana, desde los primeros tiempos de la Iglesia se acostumbraron piadosamente los fieles á no separar los augustos nombres de Jesus y de Maria, no invocando el uno sin el otro desde aquellos felices siglos del primitivo fervor. Nunca envejeció en la Iglesia la religion. Asi como los verdaderos cristianos de nuestros tiempos profesan al Hijo el mismo amor y el mismo respeto, asi tambien profesan á la Madre la misma ternura y la misma veneracion. Por eso andan juntos de ordinario estos dos santisimos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos. Por eso con alguna proporcion se puede decir de Maria lo que dice san Pablo del Verbo encarnado en sus entrañas, que Maria es tanto mas superior á las celestiales inteligencias, quanto el nombre que se le concedió en señal de su grandeza es para nosotros prueba concluyente de su mayor distincion: *Tanto melior angelis, quanto differentius præ illis nomen hæreditavit.* Dice san Pedro Crisólogo que el nombre de *Maria* significa en latin señora: *Maria latinè domina nuncupatur.* Por ser la Soberana

(1) Lib de excellent. Virg.

de los ángeles y de los hombres, se llama por excelencia *nuestra Señora*, siendo esta prerogativa especial suya, de suerte que asi la apellida la Iglesia y todas las naciones. En todas ellas retiene este nombre el mismo carácter de grandeza y de soberania, pues en todas significa *nuestra Soberana*, asi como, hablando de su Hijo, significa *nuestro Soberano* el nombre de nuestro Señor.

San Bernardo, que no malogra ocasion de manifestar los ardores y los tiernos afectos de su corazon para con esta Madre de bondad y de misericordia, aludiendo al sonido y significado de su nombre, como tambien á lo mucho que sirve á los navegantes la estrella que llaman del Norte, siendo ella la que dirige sus rumbos, explica elocuentemente lo mucho que debemos esperar de la asistencia de Maria, profesando tierna y afectuosa devocion á su santo nombre. *Et nomen virginis, Maria.* ¡Oh, y qué admirablemente conviene este santo nombre á la santisima Virgen Maria! Este nombre, dice, además de significar reina, señora y soberana, significa tambien estrella del mar: *Quod interpretatum, maris stella dicitur* (1). Es Maria aquella resplandeciente, aquella brillante, aquella célebre estrella de Jacob, cuya luz baña á todo el mundo, cuyo resplandor se eleva hasta el mismo cielo, penetra los abismos, y derramando sus benignas influencias sobre toda la tierra, calienta los corazones mas que los cuerpos, fomenta las virtudes, y deseca el vicio hasta dejarle sin vida. No puedes ignorar, seas quien fueres (continúa el mismo santo) que, mientras vives en este mundo, navegas en un borrascoso mar, combatido perpetuamente de las tempestades, llevándote á todas partes la violencia de las olas: *Ne avertas oculos à fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis*: No desvíes los ojos de este resplandeciente

(1) Hom. 2 super Missusest.

astro, si no quieres ser sumergido en las borrascas: *Si insurgant venti tentationum*, si soplaren furiosos los vientos de las tentaciones: *Si incurras scopulos tribulationum*, si fueres ya como á estrellarte contra los escollos de las tribulaciones y de las adversidades, levanta los ojos á esta estrella, invoca el nombre de María: *Respice stellam, voca Mariam*. Si te consume el fuego de la cólera: si el maligno espíritu de la avaricia te devora: si el orgullo excita en tu corazon peligrosas tempestades: si la concupiscencia te pone á riesgo de padecer triste y miserable naufragio: *Si jactaris superbie undis, si carnis illecebra naviculam concusserit mentis*, recurre á María, *respice ad Mariam*. Si te conturba el horror de tus pecados: si tu conciencia se estremece á vista de su gravedad y de su número: si el temor de los terribles juicios de Dios te induce á desesperacion, y á vista de él desmaya en tu corazon la confianza, *cogita Mariam*, pon la consideracion en María: este santo nombre sosegará tus sobresaltos, y despertará tu confianza y tu amor, *in periculis, in angustiis, in rebus dubiis*. En todos los peligros de la vida, en todos los tropiezos de esta peligrosa carrera, en los negocios espinosos, en los mas azarosos accidentes, *Mariam cogita, Mariam invoca*, acude á María, invoca á María: no se caiga de tus labios este santo nombre, y esté perpetuamente grabado en el centro de tu corazon: *Non recedat ab ore, non recedat à corde*. Ten por cierto que, mientras no pierdas de vista á María, no te descaminarás: *Ipsam cogitans, non erras*: mientras estés debajo de su proteccion, no tienes de que temer. *Ipsa protegente, non metuis*; y una dichosa experiencia te enseñará que con mucha razon tiene el nombre de María, es decir, de Madre de misericordia, de estrella del mar, de Señora y refugio de pecadores: *Et sic in temetipso experieris quàm meritò dictum sic: et nomen virginis Maria.*

Llenad, ó divina María, llenad toda la extension de este magnifico nombre. Seais honrada en el cielo, reverenciada en la tierra, y respetuosamente temida en el infierno. Reinad despues de Dios sobre todo lo que está debajo de Dios: pero sobre todo reinad en mi corazon. Vos seréis mi consuelo en mis trabajos, mi fortaleza en mis desmayos, mi consejera en mis dudas. Solo con pronunciar el nombre de María se animará toda mi confianza, y se encenderá todo mi amor. ¡Ojala pudiera yo grabar profundamente este santo nombre en todos los corazones! ¡Oh si le pudiera grabar en la boca de todos los mortales, moviéndolos á todos á que me ayudasen á celebrarle! *Maria*: ¡ó nombre con cuya dulce invocacion ninguno debe desesperar! *Maria*: ¡ó nombre tantas veces combatido, pero siempre victorioso, siempre triunfante! *Maria*: ¡ó nombre siempre grato, siempre dulce, siempre saludable á mi alma! nombre que me serena en mis temores, que me anima en mis desalientos, que me sostiene en mis empresas. Pronunciaréle todos los dias de mi vida, y siempre que le pronuncie, irá acompañado con el sagrado nombre de Jesus. El Hijo me recordará á la Madre, y la Madre me recordará el Hijo. *Jesus, Maria*; esto es lo que mi boca repetirá mil veces en la hora de la muerte. *Jesus, Maria*; esto es lo que no dejará de repetir interiormente mi corazon cuando no puedan los labios pronunciarlo. Me repetirán hasta mi último suspiro este nombre de Jesus y este nombre de María; y hasta el último suspiro serán para mí dos nombres de confianza, de ternura, de bendicion y de salvacion eterna. Así sea.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, el suplicio de san Doroteo y de san Gorgon, mártires, quienes, disfrutando de los mayores honores cerca del emperador Diocleciano, manifesta-

ron el mayor horror á la persecucion que ejercia contra los cristianos : fueron desde luego colgados en el aire en su presencia , y despedazados á azotes. Luego sus entrañas desolladas fueron salmorreadas, y asadas en unas parrillas, y por último los acabaron de matar ahorcándolos. Con el tiempo el cuerpo de san Gorgon fué llevado á Roma, depositado en la via Latina, y de allí trasladado á la basilica de San Pedro.

En el país de los Sabinos, á treinta millas de Roma. san Jacinto, san Alejandro y san Tiburcio, mártires.

En Sebaste, san Severiano, soldado del emperador Licinio, el cual, visitando á menudo los cuarenta mártires encarcelados, fué por orden del presidente Lisias colgado en el aire con una piedra atada á los piés, azotado y muerto en medio de los mayores tormentos.

Dicho dia, el suplicio de san Straton, quien consumó su martirio atado á dos árboles y descuartizado por Jesucristo.

Tambien en este dia, san Rufino y san Rufiniano su hermano recibieron la palma inmortal.

En Roma, san Sergio, papa y confesor.

En tierra de Teruena, san Omer, obispo.

En Irlanda, san Kiaran, abad.

En Vence, san Veranio, obispo, hijo de san Euquerio de Leon.

En los confines del Perche y del Maine, entre Montmirail y La Ferte-Bernard, san Ulfacio, solitario.

En la diócesis de San Malo, san Oneino, monje de Saint-Mein.

Entre los Griegos, san Teófanos, confesor.

En la misma nacion, el martirio de san Artemidoro, quemado por Jesucristo.

En Staffort en Inglaterra, san Bertomo, penitente.

En dicho reino, santa Vulfilda, virgen, abadesa.

La misa es en reverencia del santo nombre de Maria, y la oracion la que se sigue.

Concede, quæsumus, omnipotens Deus, ut fideles tui qui sub sanctissimæ Virginis Mariæ nomine et protectione lætantur, ejus pia intercessione à cunctis malis liberentur in terris, et ad gaudia æterna pervenire mereantur in cœlis. Per Dominum nostrum.

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, concedas á todos vuestros fieles siervos, que ponen con alegría su confianza en el nombre y en la proteccion de la santísima Virgen Maria, que por su intercesion sean libres de todos los males tan frecuentes en la tierra, y que merezcan despues llegar á la alegría eterna que se goza en el cielo. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24 de la Sabiduria.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui libunt me, adhuc sicient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor; y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre; y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.